

había contestado con la suspensión del culto, con anatemas y entredichos. Para avenir á la ciudad y al pontífice, se puso en camino para Aviñon una monja dominica de Siena, Catarina Benincasa, célebre ya en Italia por sus visiones, por su inteligencia y la inmaculada pureza de su vida. Santa Catarina de Siena adquirió tal ascendiente sobre el dulce Gregorio XI, que se puede decir que gobernó la Iglesia; portavoz de Italia, la monja logró convencer al Papa de la necesidad de su vuelta á Roma; hizolo así el afligido Gregorio y murió á poco.—En medio de la multitud exaltada hasta el frenesí por los directores de la comuna que tocaban á rebato en todos los campaniles de Roma, los cardenales, trémulos de espanto, bajo las amenazas de aquel pueblo que les prometía «hacer más rojas sus cabezas que sus capelos» si no nombraban un Papa italiano; el cónclave entonces eligió á un obispo italiano que fué Urbano VI. Este hombre intratable y feroz, que llegó á asesinar á sus cardenales después de tenerlos metidos seis meses en cisternas inmundas, provocó una protesta y poco después el nombramiento de un antipapa por la mayoría de los cardenales á quienes debía su elección que, según ellos, era hija de la violencia. El nuevo electo fué Roberto, el matador de Cesena, que tomó el nombre de Clemente VII y se refugió en Aviñon (1378). El cisma de Occidente había comenzado.

3. *El cisma de Occidente.*—La cristiandad se dividió en dos fracciones: Francia se puso del lado de Clemente; Alemania é Italia del de Urbano, y la lucha se prolongó; podía preverse la formación de iglesias nacionales si duraba indefinidamente aquella situación. Pronto empezó á dibujarse la fisonomía de un tercer partido, que pedía la reunión de un concilio universal para terminar el cisma; al frente de ese partido se colocó la Universidad de París, aun poniéndose en desacuerdo con los monarcas. Varios papas italianos sucedieron á Urbano; al ser nombrados prometían hacer cualquier sacrificio para terminar la violenta situación de la Iglesia, pero una vez papas, su conducta era ambigua. Al Papa de Aviñon sucedió el inteligente y tenaz cardenal español Pedro de Luna; éste sí se propuso no ceder; se trataba de que ambos papas abdicasen, para que los cardenales reunidos nombrasen un tercero; Luna tergiversó, pero jamás estuvo en su ánimo dimitir.—Sin embargo, la voz de la cristiandad occidental era unánime; por varias partes apuntaban serias herejías; la Iglesia de Francia se substraía de la obediencia al Papa y se declaraba neutral. Por fin, en 1409 un concilio general se reúne en Pisa, convocado por los cardenales disidentes de uno y otro bando (vicio de origen que lo hizo ineficaz, porque debía haberlo convocado un Papa), depuso á los pontífices eismáticos y nombró un nuevo Papa, Alejandro V. Este concilio complicó el cisma,

porque hubo tres papas en vez de dos; á Alejandro sucedió, con el nombre de Juan XXIII, un jefe de bandas, «hijo del mal y de la impiedad,» como llamaba el papa italiano á Balthazar de Cossa.—La situación era cada vez más grave; en Inglaterra había surgido, del seno de la universidad de Oxford, la herejía de Wiclif, el primer protestante, como se le ha llamado con razón, que negaba la supremacía del Papa sobre el poder civil y que destruía por su base la institución clerical, afirmando que cada cristiano era su propio sacerdote, y negando, en consecuencia, el dogma eucarístico, que hacía del sacerdocio una función singularísima en la Iglesia. Los *lollards*, así se llamaban los discípulos del reformador, conmovieron profundamente al pueblo.—En Bohemia, el rito griego había dejado muchos recuerdos y gérmenes de resistencia de la Iglesia eslava contra Roma; ésta, sin embargo, triunfó por tal manera, que puede decirse casi toda la riqueza de la nación tcheque ó bohemía pasó á sus manos, lo que engendró inmensos abusos; la Iglesia latina era, en aquel reino, el tipo de la venalidad. Pronto empezaron las predicaciones ardientes contra los abusos, protegidas por el emperador Vatslaf (Venceslao) y el mismo arzobispo de Praga; al entusiasmo religioso que iba ganando á la nación entera se mezcló el odio de los eslavos contra Alemania, baluarte entonces del pontificado y opresora de los bohemios.—La universidad de Praga fué pronto el centro de la oposición reformista; entonces los estudiantes alemanes la abandonaron y ella fué la piedra angular de la revolución; se puede decir que cuando se nombró predicador de la capilla exclusivamente eslava de Bethlem al maestro Juan Huss, la revolución había terminado su período de incubación y entraba en el militante. Hombre tolerante y dulce Huss, empleó su elocuencia en combatir los abusos, y la Bohemia entera, sin distinción de clases, se estremeció á su voz; pronto pasó del combate contra la disciplina al combate contra los dogmas, é hizo suya la doctrina de Wiclif, en gran parte, atrayendo sobre sí las excomuniones del clero de Praga y del impío Juan XXIII, pero consolidando, á fuerza de virtud, su prestigio sobre el pueblo tcheque.—Wenceslao, no tan malo quizás como nos lo pintan los cronistas eclesiásticos, pero ebrio consuetudinario y sujeto á accesos de furor salvaje (en uno de los cuales mató al vicario general Juan de Pomek ó San Juan Nepomuceno) había sido depuesto del trono imperial por haber querido entenderse con los franceses para terminar el cisma, y quedó relegado á su trono de Bohemia. Los electores eligieron emperador á Roberto, príncipe palatino, devoto y sumiso al papa italiano; fué el fundador de la Universidad de Heidelberg; cuando murió en 1410 se abrió un período de espantosa anarquía para Alemania. Las ligas de las ciudades, los grandes vasallos casi habían

roto los vínculos que los unían al imperio; insurrecciones, paso constante de bandas armadas de ladrones, aumento de poder de los eslavos al Este por la resurrección de Polonia, gracias á la unión de lituanios, y polacos y luchas sin tregua entre los competidores al trono imperial, tal era el cuadro que presentaba el Santo Imperio romano. El hermano menor de Wenceslao, Segismundo, que por su matrimonio con la heredera de la gloriosa casa de Anjou-Hungría, y gracias á la anarquía que también dominaba en el reino madgyar y á las amenazas de los turcos, había ceñido la corona de San Esteban, obtuvo la imperial. Fastuoso, manirroto, veleidósísimo, lleno de ambiciones y simpático, pero sin perseverancia y sin genio, obtuvo del papa Juan la convocación de un concilio ecuménico y fijó el punto de reunión en Constanza.

Este concilio inmenso convirtió á Constanza en una Babilonia, tan unnumero-so así fué el séquito que habían llevado el emperador y los príncipes, y los tres patriarcas, veintinueve cardenales, treinta y tres arzobispos, ciento cincuenta obispos y otros tantos abades y priores, amén del poder nuevo, las Universidades que habían mandado más de trescientos doctores, entre quienes descollaban Gerson, el insigne doctor de París, y Huss, el gran predicador bohemio; pero éste no logró figurar en el concilio sino como acusado, á pesar del salvoconducto de Segismundo. — El concilio se reunió en 1414 y duró 4 años. Su primera misión era concluir con el cisma, y la llevó á cabo: depuso á Juan XXIII, entre otras cosas, por su obstinación en negar la inmortalidad del alma; aceptó la renuncia del Papa italiano y destituyó al testarudo D. Pedro de Luna (Benedicto XIII) que casi solo estaba relegado en España.

Como consecuencia de estos actos se proclamó la supremacía de los concilios sobre los pontífices. Después de clausurar el cisma, la misión del concilio era extirpar las herejías; condenó á Juan Huss, en medio de escenas tumultuosas, que subrayaron más aún la virtud suprema de aquella víctima inmolada á la más triste de las creencias de la Edad Media, la de la esclavitud de la conciencia humana; el apóstol tcheque fué quemado, y algún tiempo después su heroico discípulo Jerónimo de Praga. A este crimen respondió la Bohemia entera con la guerra de independencia, que conquistó al través de ríos de sangre. El concilio debía, y esto era quizás su papel más interesante, reformar la Iglesia «en su cabeza y sus miembros;» pero como antes eligió un nuevo Papa, Martín V, éste puso toda especie de obstáculos á la realización de esta parte del programa y el concilio se disolvió. — Precisamente para calmar la ansiedad de reforma de la Iglesia, se reunió más de doce años después el concilio de Basilea, que, reconocido y desconocido sucesivamente por el pontífice, proclamó, bajo la presión del elemento democrático y universitario, las

más atrevidas teorías; mas su resultado final sólo fué producir una agitación inmensa en los ánimos; la reforma debía tener otro origen y distinto carácter. Lo que había concluído con el cisma y los concilios era el programa teocrático; es decir, la hegemonía política del Pontífice en el mundo medioeval, proclamada por los Gregorios é Inocencios. El poder laico adquiría una supremacía definitiva en lo temporal y el papa se resignaba á su papel espiritual y de príncipe italiano. — La Teocracia pudo prestar, en determinados casos, eminentes servicios á la causa de la civilización; pero llevaba en sí misma el germen de su ruina; capullo de la libertad en sus comienzos, cuando ésta tuvo alas, la envoltura quedó abandonada por inútil y dañosa.

LAS MONARQUIAS Y EL FEUDALISMO.

(SIGLOS XIV Y XV.)

1. — Francia: la guerra de cien años; fin del feudalismo político. — 2. — Inglaterra: la guerra con Francia; las dos Rosas; fin de la aristocracia feudal. — 3. — España: los disturbios seculares; la unificación de la monarquía.

1. *Francia: la guerra de cien años; fin del feudalismo político.* — Felipe el Hermoso tenía dos hermanos, Carlos de Valois y Felipe de Evreux; Carlos, que, al contrario de su hermano, tenía todas las preocupaciones y defectos de un feudal, dirigió la política del hijo de Felipe, llamado Luis el turbulento (*le Hutin*), que en el poco tiempo que reinó (1314-1316) se empeñó en deshacer la obra de centralización de Felipe Augusto y de su padre; persiguió y ejecutó á algunos de los consejeros de su antecesor, esos terribles *legistas ó letrados* tan odiados por los feudales; á éstos les devolvió con creces sus prerrogativas y ensanchó las franquicias de las ciudades. De esta reacción feudal fué el alma Valois. A la muerte de Luis X, los Estados generales decidieron (excluyendo á la hija mayor del rey, Juana de Francia, que luego fué reina de Navarra) que siendo la ley de sucesión del trono la herencia por los varones, era rey el hermano del difunto, y Felipe V ceñió la corona. Fué este rey un excelente administrador y siguió las huellas de su abuelo, como lo demuestran sus numerosas ordenanzas; por no tener más que hijas, le sucedió Carlos IV, hijo también de Felipe el Hermoso, como su hermana Isabel que había casado con Eduardo II, rey de Inglaterra. Con Carlos, muerto en 1328, se extinguió la línea de los Capetos directos, que había convertido el exiguo patrimonio de Hugo el fundador en una poderosa monarquía, que, en el siglo XIII, estaba al frente de la cultura general.